

# ¡Mañana, el decrecimiento!

por Alain de Benoist

Extractos de: Alain de Benoist, *Demain, la décroissance! Penser l'écologie jusqu'au bout* (Éditions Edite. Paris 2007).

## Perspectivas de la ecología

El siglo XX, en los países occidentales, fue también el de la cuasi-desaparición de la cultura campesina, reconvertida en objeto de la cultura del recuerdo, y de la condensación del mundo en un vasto sistema de artificialidad, verdadera revolución silenciosa de la que se está lejos aún haber medido todo su alcance. La mayoría de la población mundial vive hoy en zona urbana, contra un 14% solamente en 1900. Esta cuasi-desaparición del campesinado modificó radicalmente la relación del hombre con su medio natural de vida, haciéndole perder de vista la interdependencia de todos los componentes de la biosfera. La vida se ha vuelto de manera cada vez más exclusiva un asunto de artificios, confiriendo así la ilusión de poder existir fuera suelo, sin deber preocuparse más de los equilibrios naturales. La "humanización", singularmente desde Kant, ha sido puesta al mismo tiempo como sinónimo de un "extracción de la naturaleza" (cuanto más se artificializa el hombre, más se supone emancipado y llegado a ser el mismo). Con la búsqueda del crecimiento a todo precio, el progreso "prometeico" de la humanidad se ha identificado al aumento de la producción, sin consideración de las destrucciones infligidas a este medio ambiente que, para el hombre, no significaba existencialmente nada.

La subida de la obesidad en los países occidentales tiene valor de símbolo. Es toda la sociedad occidental la se ha llegado a ser obesa por bulimia de consumo y beneficio. El objetivo de la Forma-Capital es la acumulación ilimitada del capital, concebido como un valor en si que devalúa todos los otros. Su motor es el ideal delirante de la expansión indefinida, de la ilimitación del Gestell (soporte), que está en obra en la lógica económica y comercial. Es a esta *hibris* que la ecología opone la *phronesis*, la virtud de prudencia que aspira al equilibrio armonioso. Entre 1950 y hoy, el comercio internacional se ha multiplicado por 18, y el crecimiento económico ha sido más fuerte que el registrado desde los principios de la historia humana. Si tal crecimiento engendrara mecánicamente el bienestar, se viviría hoy día en el paraíso, lo que dista mucho de ser el caso. El planeta es cada día más feo, más pobre, más uniforme. Se transforma en un extenso depósito de basuras donde el aire, en el sentido literal del término, se vuelve irrespirable.

Nietzsche, en un pasaje famoso, pretendía explicar "cómo el mundo verdadero se ha convertido en una fábula". Vivimos en esta fábula, que se pretende más real que lo real, y cree incluso poder instituirse como correspondiente al advenimiento del "reino de lo real". Una tal evolución no ha sido el resultado de la casualidad. Bernard Guibert observa muy precisamente que "la economía no habría sido "desencastrada" de lo social si nuestro imaginario occidental" no hubiera sido "colonizado" por el fetichismo del capital y si nuestras palabras no hubieran recibido de este fetichismo la catastrófica eficacia representativa que abruma al tercer mundo con nuestro "desarrollo (65)".

El hombre de la Antigüedad quería sobre todo vivir en armonía con la naturaleza. Se sabe por qué revocación este ideal se hundió. Inicialmente, el cristianismo, haciendo del mundo un objeto creado por Dios, vació del mismo golpe su dimensión de sagrado intrínseco. El mundo se convierte entonces en un simple decorado, un lugar de existencia momentáneo, un valle de lágrimas que no puede valer más por el mismo ("maldito sea el suelo a causa tì!", Gen. 3,17). El hombre no es ya tomado en relación de co-pertenencia con el ser del mundo. El cosmos no constituye ya un modelo. La Biblia ha hecho del hombre su propietario, o al menos su usufructuario: "sed fecundos, multiplicaos, llenad la tierra y dominadla" (Gen. 1,28). Para el cristianismo, escribe Clive Ponting, "no es percibida como sagrada. Ella está abierta a la explotación humana fuera de todo criterio moral". Segunda etapa: con Descartes, el "desencantamiento" del mundo se hace radical. El mundo se convierte en un puro objeto inanimado, desprovisto de alma, de finalidad y de sentido, el simple reservorio de recursos que el hombre puede reconocer y apropiarse a su manera, para llegar a ser "maestro y dueño de la naturaleza". El entorno está así totalmente librado al desencadenamiento de la "razón" instrumental y a la explotación utilitaria. Con la entrada en la era moderna, finalmente, que generaliza la ideología del progreso y la axiomática del interés, el beneficio se convierte en la ley universal. Paralelamente, el dogma de la "mano invisible" y de la "armonía natural de los intereses" vienen a confortar la antropología individualista de las Luces. Todas las relaciones sociales se "reifican" y se transforman en mercancías. El saqueo y la devastación del planeta se hacen posibles por el desarrollo de la tecno-ciencia.

A través de la interrogación sobre el sentido del crecimiento, es evidentemente toda la cuestión de la naturaleza humana, de la relación del hombre con la naturaleza y de las finalidades de la presencia humana en el mundo lo que se plantea. El ecologismo no sabría hacer economía de una antropología, que condiciona ella misma lo que se puede esperar de una política. Alain Caillé no tiene culpa, desde este punto de vista, de decir que el ecologismo no depende solamente de argumentos económicos o científicos, sino que "compromete elecciones éticas y metafísicas".

En la misma medida en que se propone romper con toda forma de devastación de la naturaleza y huida hacia delante del productivismo, el ecologismo implica una ruptura radical con la ideología de las Luces, es decir la ideología de la modernidad, cuyo motor fue la creencia en el progreso, la voluntad de apresamiento del mundo y toda esta tradición que, a pesar de sus contrastes, proclama de distintas maneras que la biosfera no tiene ningún valor en si misma, o que ella no adquiere una más que después de haber sido transformada artificialmente por una humanidad deseosa de hacerla el medio de su potencia y de su "felicidad". Ahora bien, incluso si se puede interrogar retrospectivamente sobre la compatibilidad de las aspiraciones del movimiento obrero y el socialismo en general con la herencia de las Luces, es de esta ideología que ha salido la izquierda clásica de la época moderna. Los ecologistas, que siguen generalmente situándose a la izquierda, y que tienen el derecho a hacerlo, deben darse cuenta que la izquierda de la que se reclaman es necesariamente muy diferente de aquélla que generó el pensamiento de las Luces. Por este motivo deben por lo tanto observar de otra manera a los pensadores de derecha que, a menudo antes que ellos, han denunciado también la ideología de las Luces, quedando entendido que los hombres de derechas deben, por su parte, llevar también otra mirada sobre esta otra izquierda. Eso implica, por una y otra parte, una toma de conciencia de la aparición de un paisaje ideológico completamente nuevo, que hace las antiguas separaciones obsoletas y tiene por

consecuencia inevitables convergencias. Para decirlo en otros términos, una izquierda socialista que habría sabido terminar con el "progresismo" sería el socio hoy absolutamente natural de una derecha que, por su parte, habría sabido romper con el autoritarismo, la metafísica de la subjetividad y la lógica del beneficio.

### **¿Es posible implementar el decrecimiento?**

”Todo el problema, escriben Bruno Clémentin y Vincent a Cheynet en la revista Silence, consiste en pasar de un modelo económico y social fundado sobre la expansión permanente a una civilización "sobria" en que el modelo económico ha integrado la finitud del planeta ".Ciertamente, pero ¿cómo? Ya que es una cosa a desear la desaparición de la publicidad, el fin de las grandes superficies en beneficio de los comercios de proximidad, la promoción de los productos., locales en lugar de los productos importados, la supresión de la agricultura intensiva y de los embalajes desechables, la extensión de los transportes en común, la redefinición y el reparto del trabajo, etc., pero es evidentemente otra cosa saber cómo todo eso puede ser realizado.

Muchos "objetores del crecimiento" abogan en favor microsociedades autónomas bastándose lo más posible a ellas mismas (55). La relocalización de la producción es también uno de los temas centrales de la bio-economía. Para Pedro Rahbi, una de las figuras de "ecología en Francia," es necesario volverse a poner a producir lo más cerca posible de los lugares de consumo”. Relocalizar, eso significa producir localmente lo esencial de los productos, que sirven para cubrir las principales necesidades de una población, a partir de empresas locales financiadas por un ahorro recogido también localmente. Paralelamente, otro objetivo esencial sería hacer a los usuarios con el dominio de sus usos. Los usuarios, hoy, piensan exclusivamente sus usos en términos de necesidades, que deben solucionarse gastando los salarios que han ganado Hacerles maestros de sus usos consistiría en permitirles extraer directamente su renta (y no más su salario) de la masa de los productos y servicios disponibles. Es el fundamento del distributismo.

Tales propuestas pueden dar que reflexionar. Es preciso reconocer, sin embargo, que a menudo se presentan de una manera bastante borrosa. Serge Latouche ha escrito por ejemplo que una política de disminución "podría consistir en primer lugar en reducir, o incluso suprimir, el peso sobre el entorno de las cargas que no aportan ninguna satisfacción" (56). El problema es que la satisfacción es un concepto muy subjetivo. ¡Mucha gente encuentra al parecer muy "satisfactorio" lo que otros consideren como de naturaleza a no aportar ninguna verdadera satisfacción! Latouche cita también "la puesta en cuestión del volumen considerable de los desplazamientos de hombres y mercancías sobre del planeta", y el abandono de la política de obsolescencia programada de los productos que no tiene "otra satisfacción que hacer girar siempre más rápidamente del megamáquina infernal (57)". Se está muy de acuerdo. Pero como el sistema capitalista no aceptará obviamente nunca tales medidas, que equivalen para él a ver disminuir sus beneficios, puede uno preguntarse qué tipo de autoridad podrá ponerlos en obra o imponerlos. La instauración del sistema económico que no exija un crecimiento perpetuo del consumo parece hoy inimaginable. ¿Quién podría encargarse? ¿Y cómo tal sistema se impondría a escala planetaria, o al menos continental, lo que es una de las condiciones de su funcionamiento?

Serge Latouche afirma por otra parte que disminución” no significa necesariamente recesión ", ni

incluso "crecimiento negativo (58)". ¿No es jugar con las palabras? En la hora actual, está claro que una reducción del consumo, doblado de una disminución de los desplazamientos de hombres y mercancías, se traduciría en un debilitamiento correspondiente del comercio mundial, al mismo tiempo que por una subida del paro y por la imposibilidad de mantener los programas sociales hoy en vigor. La recesión es generadora de paro y empobrecimiento. Hay buenas oportunidades de que un retroceso anual permanente del crecimiento desencadenara, en las condiciones presentes, un verdadero caos social. La reciente desindustrialización de Rusia (que redujo en 35 % sus emisiones de gas de efecto invernadero desde la caída del Muro de Berlín) sobre todo se tradujo en una desagregación del tejido social y un empobrecimiento de las masas.

El decrecimiento, dicen sus partidarios, será alcanzado por una moderación de nuestro modo de vida. ¿Sí, pero cómo llegar allí? La cuestión se plantea a la vez desde el punto de vista antropológico y desde el punto de vista político. Si es cierto que el hombre no aspira inevitablemente a "siempre más" - y que es perfectamente capaz de hacer la diferencia entre más y mejor -, no se deduce que acepta un menos que le aparecerá inevitablemente como la pérdida de un acervo. Tanto se pasa fácilmente de lo que no se conoce, como es más difícil pasar de lo que se conoce o de lo que se conoció. Nuestros ancestros no se compadecían de su modo de vida, que no obstante sería mal soportado por muchos de nuestros contemporáneos. El capitalismo no inventó el deseo de poseer ni la propensión de los hombres a buscar lo que les cuesta menos esfuerzos, les reporta más placer (otro concepto subjetivo) y les incita a gastar tiempo y dinero para consumos inútiles o "irracionales". Solamente utilizó, reforzó y, sobre todo, legitimó tales comportamientos presentándolos a la vez como normales y siempre positivos. Mientras que la moral social de las sociedades tradicionales tendía a condenar la búsqueda de "lo superfluo", esta misma búsqueda se fomenta hoy por todas partes: tendencialmente, lo superfluo se vuelve lo necesario, o incluso lo esencial. Latouche observa a justo título que los drogados son los más calientes partidarios de su droga. El problema es que en materia de consumo, los "drogados" son muy mayoritarios. Los que han accedido allí no tienen la intención de renunciar, y los que no han accedido allí sueñan con la mayor de las frecuencias a acceder. "Incluso los ricos de los países ricos aspiran consumir siempre más", reconocen a Bruno Clémentin y Vincent Cheynet." Y esta aspiración no está inducida solamente por la ideología dominante y el condicionamiento publicitario.

Bruno Clémentin y Vincent Cheynet reunirían difícilmente la opinión alrededor de un programa que ellos enuncian en estos términos: "El refrigerador sería sustituido por una pieza fría, el viaje a las Antillas por un garbeo en bicicleta por los Cevennes, el aspirador por la escoba y la bayeta, la alimentación carnívora por una casi vegetariana, etc." De la misma forma, un eslogan tal como: "mañana, tendrán menos y compartirán más" suscitará difícilmente el entusiasmo de las masas. La llamada a la "economía económica", o la "frugalidad" o la "simplicidad voluntaria" es muy simpática, pero no puede hoy inspirar sino comportamientos individuales. A escala de la sociedad global, tiene todas las oportunidades de seguir siendo un voto piadoso. ¿Cómo hacer volver de nuevo a una población que no aspira más que a consumir a costumbres frugales", sabiendo por añadidura que el modelo no es viable más que si se generaliza?

Los partidarios del decrecimiento lo presentan obviamente no como un ideal alcanzar, sino como una perspectiva ineludible. Ante las objeciones, tienen a menudo tendencia a adoptar una pose profética y apocalíptica: "de todas maneras, no hay elección. ¡Es el decrecimiento o la muerte!

"Es quizá verdad, pero eso no hace un programa."

Latouche está por la pedagogía de las catástrofes: "las catástrofes son nuestra única fuente de esperanza, ya que estoy absolutamente confiado en la capacidad de la sociedad de crecimiento de generar catástrofes (59)." Es en efecto probable. El embalamiento del "megamáquina" no puede terminar más que en la catástrofe, y esta catástrofe resulta de la lógica misma de la Forma-Capital: el sistema del dinero perecerá por el dinero. Pero anunciar "catástrofes" no es bajo muchos aspectos más que un método retórico, ya que nada dice que una catástrofe desemboque en otra cosa que un resultado... catastrófico. La historia pone de manifiesto que las catástrofes tienen raramente virtudes pedagógicas y que generan generalmente crisis sociales, dictaduras y conflictos mortales.

Mauro Bonaiuti es seguramente más realista cuando escribe: "El proyecto de una economía sostenible requiere más bien una revisión profunda de las preferencias y de la manera de concebir la producción del valor económico. Debe producir rentas utilizando al mismo tiempo menos materia y energía. En efecto, una política ecológica basada solamente en una fuerte reducción del consumo crearía (más allá de un probable fracaso final), vista la distribución actual de las preferencias, una fuerte reducción de la demanda global y un aumento importante del paro y el malestar social [... ] Nos es necesario apostar sobre una diferente distribución preferencias a fin de que al decrecimiento de las cantidades físicas producidas no corresponda necesariamente una disminución del valor de la producción. Eso implica obviamente una transformación profunda del imaginario económico y productivo (60)".

Este es en efecto el punto clave. En el estado actual de las cosas, el imperativo del decrecimiento debe en primer lugar ser una consigna de higiene mental: el ecologismo comienza con la ecología del espíritu. Es necesario luchar contra la desimbolización del imaginario, que contempla suprimir todo lo que podría ser un obstáculo entre el "deseo" y el consumo. "Habilitar el decrecimiento significa renunciar al imaginario económico, esto es a la creencia que más igual a mejor (61)". No se trata, de paso, de negar la utilidad relativa del mercado ni la función incitativa de la búsqueda de beneficio, sino de salir mentalmente de un sistema en el que mercado y beneficio son los únicos fundamentos. Se trata de cesar de mirar el crecimiento como un fin en sí. Se trata poner lo económico en su lugar, y con ello el intercambio mercantil, el trabajo asalariado y la lógica del beneficio. Latouche dice muy precisamente "para concebir a la sociedad del decrecimiento serenamente y acceder ahí, es necesario literalmente salir de la economía." Eso significa poner en entredicho su soberanía sobre el resto de la vida, en teoría y en la práctica, pero sobre todo en nuestras cabezas". Esta "descolonización del imaginario" implica todo un trabajo de pedagogía y formulación teórica, independientemente de las "catástrofes" por venir en un futuro más o menos próximo.

Pero eso implica también salir de las formulaciones puramente morales. Cuando Latouche escribe: "El altruismo debería predominar sobre el egoísmo, la cooperación sobre la competición desenfadada, el placer del ocio sobre la obsesión del trabajo, la importancia de la vida social sobre el consumo ilimitado, el gusto de la obra bonita sobre la eficiencia productivista, lo razonable sobre lo racional, etc.(62) ", no se puede obviamente sino aprobarlo. Estos no son, sin embargo, más que peticiones de principio. Es particularmente evidente con una fórmula como "el altruismo debería predominar sobre el egoísmo", ya que la verdad es que hay probablemente

muchos más egoístas que altruistas en toda sociedad real. Eso no significa que el hombre no sea capaz de altruismo, ni que él sea "malo" por naturaleza. Por naturaleza, no es ni "bueno" ni "malo". El es solamente capaz de ser lo uno y lo otro, lo que hace de él un ser aventurado, imprevisible, y peligroso. Más que quedar en un precepto moral (" el altruismo debería predominar sobre el egoísmo"), que tiene todas las oportunidades de no ser entendido, sería mejor examinar cómo se puede llegar un situación que, concretamente, valorizaría el altruismo y desvalorizaría el egoísmo como actitud general ante la vida." Se pasaría entonces de la moral a la política, basándose al mismo tiempo en una antropología realista. Para decirlo diferentemente, el problema no es que hoy los comportamientos sean lo más a menudo egoístas (hay todas las oportunidades que lo hayan sido siempre); el problema es que vivimos en una sociedad donde, a pesar de las glosas convenidas sobre los "derechos del hombre" y el Vulgata "humanitaria", todo se hace concretamente para animar y legitimar tales comportamientos. No se volverán todos los hombres altruistas. Pero se puede intentar terminar con una ideología dominante que hace insoslayablemente de los comportamientos egoístas (individuales o colectivos) los comportamientos más naturales que sean, porque se basa en una antropología para la cual el hombre, llevado por naturaleza a buscar siempre su mejor interés, se define como un ser enteramente controlado por la axiomática del interés.

Edward Goldsmith considera que reduciendo en 4% al año durante treinta años la producción y el consumo, tendríamos una oportunidad de escapar a la crisis global. "con un mínimo de voluntad política (63)", precisa. Este "mínimo" es obviamente una subestimación. La cuestión planteada no es más entonces la de la ecología, sino la de la política y de lo que le queda de capacidad de acción cara a la omnipotencia de los mercados financieros, de las multinacionales y poderes de dinero. Muchos subrayan a justo título que solamente la política puede "reencastar" de manera satisfactoria la actividad económica en la vida social, pero la cuestión del régimen propio del este tarea se plantea raramente. De golpe, algunos se inquietan por un régimen autoritario que limitaría arbitrariamente la libertad de consumir y emprender. Se agita incluso el espectro de un improbable "ecofascismo autoritario". Sobre este punto, no es difícil responder que lo que se puede en realidad el temer más, no es el advenimiento de un "fascismo verde", sino más bien la instauración de regímenes despóticos que buscarían legitimarse por su voluntad de mantener a todo precio el nivel de vida de los societarios, aunque fuese a riesgo de una nueva Guerra Mundial. Hubert Védrines, aquí, no tiene culpa cuando observa: "las gentes estarían quizá prestas a sostener no importa qué poder que pretenda perpetuar nuestro modo de vida y consumo por medidas autoritarias, en particular, en materia de energía (64)". Las palabras del antiguo Presidente americano George Bush (padre) son reveladoras: "nuestro nivel de vida no es negociable". Es la actitud que había adoptado también Bill Clinton para explicar su negativa a firmar el protocolo de Kioto: "no firmaré nada que pueda dañar nuestra economía". Si para los Americanos, el nivel de vida no es negociable, eso significa que todo debe ser puesto en obra para preservarlo, cualquiera que sean las consecuencias. Así se dibuja el horizonte de un universo cada vez más invivible, donde se saturarían poco a poco todos los mercados posibles, a pesar de la invención permanente de nuevos artilugios, y donde el crecimiento llegaría a ser cada vez más costoso, hasta el punto que podrían ser "razonablemente" previstas guerras para atenuar la reducción tendencial del tipo de beneficio.

Pero la cuestión de la puesta en obra propiamente política de un verdadero decrecimiento queda puesta. ¿Es posible traer la "simplicidad voluntaria" sin atentar contra las libertades ni salir de un

marco democrático? ¿Y si no se puede ni imponer el decrecimiento por la fuerza ni convertir a la mayoría de la población a la "frugalidad" por las virtudes de la sola persuasión, que queda? La teoría del decrecimiento queda demasiado a menudo muda sobre este punto.

La perspectiva general, no es menos apremiante. Serge Latouche cita esta observación a un buen texto de Kate Soper: "Los que abogan por un consumo menos materialista a menudo son presentados como ascetas puritanos que buscan dar una orientación más espiritual a las necesidades y a los placeres. Pero esta visión es en muchos aspectos engañosa. Se podría incluso decir que el consumo moderno no se interesa suficientemente por los placeres de la carne, que no se preocupa bastante de la experiencia de los sentidos, que está obsesionado demasiado por toda una serie de productos que filtran las gratificaciones sensorias y eróticas y se nos alejan. Una buena parte de los bienes que son considerados como esenciales para un elevado nivel de vida son más anestésicos que favorables a la experiencia sensual, más avaras que generosas en materia de convivialidad, de relaciones de buena vecindad, de vida no estresada, de silencio, olor y belleza [... ] un consumo ecológico no implicaría ni una reducción del nivel de vida, ni una conversión de masa hacia la extramundanía, sino más bien una diferente concepción del nivel de vida misma". "Si lo "local" es ambiguo en razón de su extensión geográfica de geometría variable [...], observa Serge Latouche, reenvía de manera no equívoca al territorio, incluso a la región y más aún a los patrimonios instalados (materiales, culturales, relacionales), por tanto a los límites, a las fronteras y al enraizamiento" (Survivre au développement, op cit p 45). Y más lejos: "En lo que concierne a los países del sur [...] se trata menos de crecer (o de crecer además) que de reanudar el hilo de su historia roto por la colonización, el imperialismo y el neo-imperialismo militar, político, económico y cultural, para reapropiar su identidad".

### **Los llamados países en desarrollo**

Los adversarios del decrecimiento alegan también de la situación del tercer mundo que, a su modo de ver, tendría obviamente necesidad de crecimiento para salir del "subdesarrollo". En los países pobres, donde la población no come siempre cuando aprieta el hambre, la reducción del nivel de vida aparece moralmente como un objetivo dudoso e inaceptable. ¿Cómo puede preconizar la disminución en un momento donde tantos hombres viven aún en una total indigencia? La denegación del crecimiento aparece como un ideal de ricos, en un momento en que los pobres no aspiran más que a cesar de serlo. Los partidarios del decrecimiento pueden entonces ser diabolizados como despreciadores de las aspiraciones legítimas del tercer mundo.

Esta crítica tiene de interesante que se la encuentra también tanto en algunos medios altermundialistas o de extrema izquierda - que estigmatizan también la simpatía de los partidarios del decrecimiento para las sociedades tradicionales, su defensa de la causa del pueblo, su voluntad "de permitir a los países del Sur volver a entablar con sus tradiciones" - como en los medios más liberales. Las grandes instituciones mundiales, apoyadas por las sociedades multinacionales, son las primeras a razonar como si el modo occidental fuera un modelo exportable a todo el mundo. Todas estas críticas se basan en realidad en la idea de que el desarrollo es el único medio para los países del tercer mundo "de salirse".

Además de que el decrecimiento deberá por supuesto ser en primer lugar puesto en funcionamiento en los países occidentales, ya que "el post-desarrollo es necesariamente plural" (Latouche), es fácil responder a este argumento que el desarrollo no permitirá nunca al tercer

mundo salirse, y que es al contrario desde que busquen "desarrollarse" cuando los "países pobres" acumulan los "retrasos" y ven su situación global deteriorarse. La pobreza del tercer mundo, en otros términos, no resulta de un insuficiente desarrollo, sino completamente de su inserción en el sistema del desarrollo. Es en gran medida el resultado de la organización actual del mundo, de las capacidades predatorias del sistema capitalista y de la división internacional del trabajo.

Se cree que las poblaciones del tercer mundo vivían, antes del tiempo de la industrialización y del "desarrollo", en condiciones aún más miserables que hoy. Pero es lo contrario lo que es verdadero. Los relatos de los primeros viajeros en las tierras alejadas (Mungo Park, Poncet et Brevedent, etc.) están de acuerdo sobre la ausencia de miseria, la abundancia material relativa y la buena salud física que eran la regla en la mayoría de las sociedades tradicionales. Al igual que el campesinado europeo, éstas producían lo esencial de lo que consumían y se bastaban a ellas mismas. Además, la noción misma de "pobreza" no tenía absolutamente el sentido económico que le da la modernidad comercial. La palabra "pobre" simplemente no existe en la mayoría de las lenguas africanas - su equivalente más cercano es "huérfano". Los hombres de las sociedades tradicionales poseían pocas cosas, pero no se consideraban como "pobres", tanto más que todos se insertaban en una red de relaciones sociales, comunidades orgánicas y familias ampliadas estructuradas en clanes. Estando "encastrada" la economía (Karl Polanyi) en las relaciones sociales, todas las funciones que se consideran hoy día como funciones económicas estaban consideradas como funciones sociales no monetizables. El PNUD define hoy la pobreza humana como un conjunto de faltas. Pero realmente, la pobreza no es fundamentalmente del orden de la falta, ni que exprese una relación entre una determinada suma de necesidades y los medios satisfacerlos, es una relación entre los hombres. "La pobreza es un estado social, y como tal una invención de la civilización (54)", escribe Marshall Sahlins. La pobreza en sentido moderno del término es al contrario una situación económica (la pobreza monetaria, caracterizada por la debilidad de la renta) que encadena una desvaloración social. No puede pues comprenderse más que en términos de anomia (Durkheim) y exclusión. Son las sociedades ricas, llamadas de abundancia, quienes dan más importancia el concepto de escasez.

El desarrollo, como lo ha mostrado bien Edward Goldsmith, no crea la riqueza, sino la pobreza. En el tercer mundo, implica la entrada al sistema de la división internacional del trabajo (en virtud de la teoría de la "ventaja comparativa" de Ricardo), cuyas consecuencias son el empobrecimiento de los mercados interiores a causa de la prioridad otorgada a las exportaciones, la fragilidad económica y la dependencia con relación a los precios mundiales, la desaparición de las culturas campesinas y el agotamiento de las culturas de supervivencia (principal causa de las hambrunas), el endeudamiento permanente, la urbanización salvaje, etc." La renta global de los un 20% de habitantes más pobres del planeta disminuyó de más de la mitad entre 1960 y 1977. En Indonesia, la pobreza aumentó un 50 % desde 1997. En Rusia, pasó de 2,9 un 32,7% entre 1966 y 1998. Animar a los países del tercer mundo "recuperar su retraso", esto es a endeudarse "para desarrollarse" y desarrollarse para poder consumir más, tiene por único resultado volver estos países más dependientes, más vulnerables y más pobres.

### **Algunas notas sobre el problema energético**

Los últimos campos de petróleo gigantes han sido descubiertos en los años sesenta. Los de Arabia Saudita, primer productor mundial, cuya explotación ha comenzado hace sesenta años,

deberían comenzar declinar en los años que vienen - tanto más que se inflaron artificialmente sus reservas en los años ochenta, a raíz de la "guerra de las cuotas" que favorecía los países de la OPEP que poseían las reservas más importantes. Desde 1980, se consumen en el mundo cuatro barriles de petróleo por cada barril descubierto, lo que significa que desde un cuarto siglo el nivel de consumo sobrepasa el de las reservas descubiertas. El margen de seguridad, que mide la diferencia entre el consumo y la capacidad de producción de petróleo, es hoy a penas del 1 %. Se puede ciertamente imaginar que nuevos yacimientos gigantes hoy desconocidos se descubrirán, en particular, en el Canadá, o incluso en Rusia, pero muchos especialistas dudan. El mundo entero ha sido explorado ya. Tales perspectivas no hacen de todas maneras más que retroceder vencimiento. Está claro que, cualesquiera que sean las reservas de petróleo disponibles, representan una cantidad finita y que ellas se consumirán completamente un día.

Es necesario saber, por otra parte, que no se extrae el petróleo de una manera continua, a precio constante, de la primera a la última gota. La producción de un campo petrolífero sigue una curva en la cumbre a la cual se encuentra un pico (peak oil), que se llama el "pico de Hubbert" – del nombre del geólogo King Hubbert, que lo calculó el primero -, el cual corresponde aproximadamente al momento en que, habiendo sido extraída la mitad aproximadamente del petróleo disponible, la producción petrolífera comienza a operar con rendimiento decreciente. Más allá de este pico, las cantidades disponibles llegando a ser más raras y la eficacia energética menguante, se asiste una subida regular de los precios.

En 1956, Hubbert predice que el peak oil se alcanzaría en los Estados Unidos hacia 1970. Chocó con la incredulidad general. El pico se alcanzó en 1971: desde esta fecha, la producción de petróleo bruto en Norteamérica no ha dejado de bajar, lo que aumenta la vulnerabilidad de los americanos en materia de suministro energético. Ahora bien, los carburantes quemados en los Estados Unidos, en alza media un 2,3% al año desde 1986, representan ellos solos un 14% del consumo petrolero mundial. Es obviamente la razón por la cual los Estados Unidos se emplean en controlar lo más posible las regiones del mundo (Oriente Próximo, Asia Central) productoras de petróleo y las que constituyen sus principales vías de transporte. De donde las guerras en Irak y Afganistán.

A escala del planeta, el peak oil señala el límite máximo a partir del cual no se puede compensar más la decadencia de la producción de los campos existentes con nuevas explotaciones. Por lo tanto, una subida de la inversión no se traduce ya en una subida correlativa de la producción.

Es el fenómeno de la "depleción" ¿En qué momento se alcanzará el pico de Hubbert para el conjunto de la producción petrolífera mundial? Algunos expertos piensan que eso podría producirse de aquí a una veintena, o incluso una treintena de años. Otros, como los geólogos Jean Laherrère, Alain Perrodon y Merluza Campbell, fundadores de la Asociación para el estudio del pico de petróleo y el gas (ASPO), estiman que el pico se alcanzará a partir de 2010, esto es casi mañana. Los hechos parecen darles razón. Pero en cualquier caso, si la divergencia entre las previsiones de los "optimistas" y las de los "pesimistas" solo es de cerca de 30 años, está claro que la perspectiva es ya inquietante.

El barril de petróleo, que sobrepasó en octubre de 2007 el cabo de los 90 dólares, debería alcanzar el precio de 100 dólares de aquí a poco tiempo. Si las hipótesis pesimistas se confirman,

esto no será más que el principio de una elevación. El economista Patrick Artus piensa que en 2015, ¡ el curso del bruto podría alcanzar cerca de 400 dólares por barril! A partir del momento en que el pico de Hubert se haya alcanzado, los costes de extracción y explotación del petróleo no dejarán de aumentar. La demanda seguirá creciendo mientras que la oferta seguirá decreciendo, las consecuencias serán explosivas. El petróleo, se dijo ya, no se utiliza solamente en efecto para los transportes. Entra en la composición de una muchedumbre de productos de los que se sirve cotidianamente: materias plásticas, abono e insecticidas, ordenadores, juegos de construcción, revestimientos de carreteras, asientos de coche, medias de nailon, etc. El encarecimiento de los precios conducirá a concentrar la utilización del petróleo sobre los usos de más fuerte valor añadido, como los sectores de los transportes y de la química. La industria aeronáutica se encontrará alcanzada de frente, lo mismo que la agricultura (la utilización de abono en el mundo pasó de 14 millones de toneladas en 1850 a 141 millones de toneladas en el año 2000). El comercio internacional también estará afectado: se dejará de exportar o hacer retirar al otro extremo del mundo los productos que pueden ser consumidos in situ. No será ya cuestión que peces pescados en Escandinavia vayan a Marruecos para allí ser vaciados, que se consuman en Europa frutas transportadas por avión a partir de Chile o de Sudáfrica, etc ciertos productos, que se beneficiaban hasta ahora del bajo nivel de las tarifas de transporte, volverán a ser de productos de lujo. Las deslocalizaciones perderán una parte su de interés. Las grandes ciudades, que han sido concebidas a partir del transporte automóvil, se encontrarán ellas mismas transformadas (9).

Las consecuencias para el sistema financiero mundial serán obviamente enormes. En la hora actual, los Estados Unidos sacan un provecho considerable del sistema de los petrodólares. Todos los países que desean importar petróleo deben pedir prestados dólares para pagarlo, sosteniendo así de manera artificial esta divisa, que es la vez una moneda nacional y una unidad de cuenta internacional. En la práctica, eso significa que los Estados Unidos pueden así permitirse un déficit comercial considerable sin consecuencias inmediatas. Si este sistema se detiene, serán los primeros en sufrirlo.

Antes incluso que las reservas se agoten completamente, la subida del precio del petróleo puede pesar de manera drástica sobre su explotación. Para extraer petróleo, el carbón o arenas bituminosas, se necesita en efecto energía, y aún de petróleo. En otros términos puede llegar un momento en que la extracción misma no sea ya rentable, y esto cualquiera que sea el precio del mercado. ¡Si es necesario quemar un barril para extraer uno, no se hará, incluso si el precio del barril es de 10.000 dólares! Es lo que los economistas clásicos no llegan comprender.

La esperanza de muchos es obviamente poder recurrir a energías de sustitución. Existe teóricamente un número bastante grande, pero las posibilidades que ofrecen son aún limitadas. Los petróleos no convencionales, como los aceites pesados de Venezuela y las arenas bituminosas del Canadá, exigen para ser extraídos casi tanta energía como permiten recuperar. El gas natural puede servir para mejorar la extracción del petróleo o fabricar gasolina de síntesis, pero aún, gastando mucha energía. Además que sus reservas no son tampoco inagotables, de su baja densidad lo vuelve difícil de transportar (su transporte vuelve de 4 a 5 veces más costoso que el del petróleo), y las instalaciones para enfriarlo y regasificarlo son costosas. Las reservas de carbón son más importantes, pero es una energía muy contaminante y que contribuye doblemente al efecto invernadero, puesto que su extracción causa emisiones de metano (que

posee un efecto invernadero 23 veces más potente que el CO<sub>2</sub>), mientras que su combustión libera gas carbónico en gran cantidad (1,09 tonelada de carbono por tonelada equivalente petróleo de carbón). El problema esencial de la energía nuclear reside, como es sabido, en el almacenamiento de los residuos radioactivos con duración de vida larga (y en una catástrofe siempre posible). Esta energía por otro lado no sustituye al complejo petroquímico y a los productos de consumo corriente que se derivan de ella. El hidrogeno es un vector de energía, pero no una fuente de energía, y su producción comercial cuesta de 2 a 5 veces más costoso que los hidrocarburos utilizados para fabricarlo. Además, el precio de su almacenamiento es 100 veces más elevado que el de los productos petrolíferos, y cada vez que se produce una tonelada de hidrógeno, se producen también 10 toneladas de CO<sub>2</sub>.

Las energías renovables están, ellas, suministradas por el viento, el agua, los vegetales y el sol. Por el momento, solo representan un 5,2% de toda la energía consumida en el mundo. Aunque sean a priori más prometedoras, sería ilusorio esperar demasiado.

Los vegetales tienen una muy baja capacidad energética. La madera- energía (valorización de los subproductos de la cadena de la madera) implica una deforestación intensa. Los biocarburantes elaborados a partir de la remolacha, la colza o de la caña de azúcar, como el etanol, tienen un rendimiento bastante escaso. La energía solar, recogida por las células fotovoltaicas, tiene ella también un rendimiento limitado. El solar térmico solo es aún objeto de una explotación confidencial. La energía hidráulica es más competitiva, pero exige inversiones muy pesadas. La energía eólica es muy barata, pero solo funciona de un 20 a 40% del tiempo, habida cuenta de la variación de los vientos. Otros métodos, como el biogás, la talaso-energía, la energía de las corrientes submarinas, etc. tienen sus propios límites.

Quedan técnicas de las que se habla a veces, como la fusión nuclear, la "fusión fría", el secuestro del carbono o las centrales solares espaciales, pero la mayoría de entre ellas solo están hoy en estado de proyecto y casi todas requieren un consumo excesivo de energía que vuelve su balance neto previsible dudoso. La mayoría de las energías alternativas solo presentan por otra parte interés a causa de la existencia de un petróleo barato. Es necesaria por ejemplo mucha energía para extraer el carbón y transportar el mineral. Para fabricar electricidad, es necesario aún la energía, hoy proporcionada por el petróleo, el gas o el carbón. De la misma manera, los biocarburantes necesitan abono y pesticidas, que estuvieron en el origen de "revolución verde" y exigen pues petróleo para tener un rendimiento suficiente."

Aún, se puede por supuesto imaginar que se descubrirán nuevas formas de energía en el futuro. En abstracto es siempre posible - pero por el momento, hacer tal apuesta no es más que un acto de fe. La verdad es que, en el estado actual de las cosas, ni las energías renovables, ni nuclear clásico, ni las otras energías de sustitución conocidas de los investigadores pueden sustituir al petróleo con la misma eficacia energética y los costos tan reducidos.

El agotamiento programado de las energías fósiles ha dado ya lugar a guerras por el petróleo. Se puede también esperar, en las décadas que vienen, guerras del agua. Entre 1950 y 2000, el consumo de agua en el mundo en efecto se ha más que triplicado. Ella misma se ha multiplicado por seis durante los ocho últimos años. El hombre consume hoy cerca del 55% de los caudales disponibles fuera de las crecidas, y un 65% de estas extracciones están vinculados a las

necesidades de riego de la agricultura. Ahora bien, ahí también, la demanda no cesa de crecer, aunque no sea más que por causa del crecimiento demográfico y la contaminación de las capas freáticas. El agua está llamada pues a volverse ella misma un producto raro. Conflictos larvados por este tema existen ya entre Turquía y los países vecinos, entre Israel y Palestina, entre la India, Pakistán y Bangla Desh, entre Egipto, Etiopía y Sudán, etc.

Según Peter Barrett, director del Centro de investigación para la Antártida de la Universidad de Victoria (Nueva Zelanda), "la continuación de la dinámica de crecimiento actual nos pone cara la perspectiva de una desaparición de la civilización tal como la conocemos, no en millones de años, ni incluso en milenios, sino de aquí al final este siglo. (12)